

Próximo número:

La preciosa comedia sentimental

## La gloria de ser mujer

basada en la famosa novela de William  
J. Locke "Glory's of Clementine"

Magistral creación de la gran estrella

**Pauline Frederick**

Asunto altamente moral

La mujer siempre tiene su condición fe-  
menina adherida a su propio espíritu.

Es una presentación del CIEC

Postal-fotografía: Al. St. John

La Novela Semanal  
Cinematográfica

Sale todos los miércoles en toda España

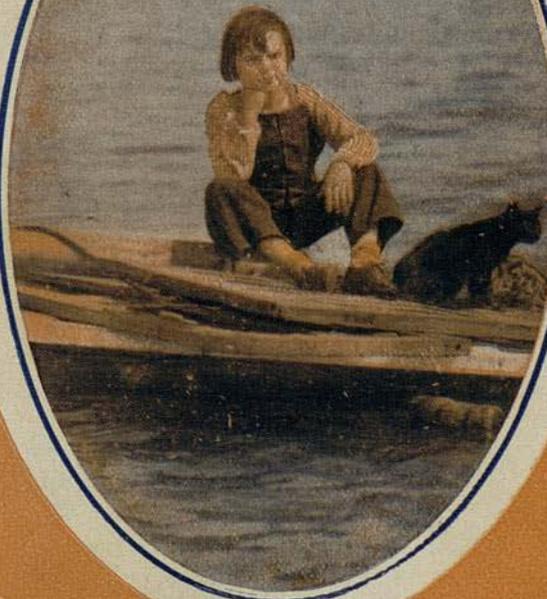
Precio: 25 céntimos

E. VERDAGUER MORERA.-TOPETE, 16.-TARRASA

# LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

N.º 149

50 cts.



EL PEQUEÑO ROBINSON

NÚMERO EXTRAORDINARIO

por Jackie Coogan

**FilmoTeca**  
de Catalunya

# LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

Redacción } Via Layetana, 12  
Administración } Teléfono, 4423 A  
BARCELONA

AÑO IV

N.º 149

---

## EL PEQUEÑO ROBINSON

Comedia muy original, de excelente asunto,  
interpretada por el diminuto gran artista

JACKIE COOGAN

---

Superproducción «METRO»

---

Selección «ÓPTIMA» del Programa  
VILASECA Y LEDESMA, S. A.

---

Con esta novela se regala la postal-fotografía de  
MARY CARR

—Ese fué el mejor amigo de mi vida... el valeroso John Hogan.

Además, el capitán lee la lápida que, debajo del marco que encierra el retrato del amigo, conmemora su sacrificio en aras del deber.

Dice aquélla:

*“Juan Micael Hogan*

*Nacido el 10 de febrero de 1894*

*Muerto el 21 de mayo de 1924 durante el cumplimiento de una peligrosa misión.*

*Su conducta fué siempre ejemplar.*

Nueva pausa, de respetuoso silencio.

Luego, el acompañante del capitán le dice a éste:

—¿Qué va a ser de su hijo?

A lo que, con aflicción, replica el policía:

—Bien sabe Dios que mi deseo sería tenerle a mi lado, pero se va a reunir con los parientes de su difunta madre, en Australia... Sus tíos lo han reclamado. Ya otras veces, en vida de su madre, fallecida no hace mucho tiempo, estuvo el chico en Oceanía, mas volvió. Esta vez creo que se va para siempre, porque aquí, en San Francisco, el huérfano no tiene a nadie, excepto yo y una bondadosa vecina.

—Comprendo que le apene a usted esa separación, pues me consta que se quieren ustedes mucho.

—Yo a él, como a un hijo; él a mí, como a un padre.

Al día siguiente, el huérfano, Mickey Hogan, se despedía de la vecina—que fué amiga de sus padres—que con tanto afecto le había protegido, a medias con el capitán de policía.

—Hijito mío, yo no te olvidaré nunca. En mi casa siempre habrá para ti lo que te precisare.

Poco después, el niño, ya listo para partir, recibía de manos de su “gran amigo”, sentados ambos, en cariñoso coloquio, junto a la fachada del hogar de la aludida vecina, la estrella-insignia que ostentó sobre el corazón, con inigualable dignidad, su padre.

—Guarda este recuerdo como una reliquia. Para ti, este ha de ser el emblema del valor y de la honradez.

Trasladémonos ahora al puerto.

En él, entre otros, estaba anclado el vapor “Sara”, próximo a partir para Melbourne.

El patrón del mismo, Tomás Dynes, y su compañero, “Singapur”, platicaban sobre el puente acerca de Mickey.

—¿De modo que te vuelves a llevar al chico?

—No me lo nombres siquiera. Me sabe mal que mi hermana tenga tanto interés en adoptar a ese sobrino nuestro... porque, como tú ya sabes, yo tengo un hijo, que vive con ella, y que sería su heredero... si no hubiera el estorbo que representa el huérfano ese.



—*Hijito mío, yo no te olvidaré nunca. En mi casa siempre habrá para ti lo que te precisare.*

—Con dejarle en San Francisco, con quienes ahora está...

—No es posible. Ya había pensado en ello antes. Mi hermana se ha empeñado en recibirle

en este viaje que hacemos, y no puedo contrariarla.

—Entonces... ¿se lo vas a llevar, y consentirás en que tu hijo vea alejarse la posibilidad de poseer algún día el dinero de ella, que, según tú me has dicho más de una vez, no es



—*Guarda este recuerdo como una reliquia. poco?*

—Ya veremos... Melburne está lejos, muy lejos...

—Pueden pasar muchas cosas, ¿verdad?

—Lo malo es que el chico es muy amigo de un capitán de policía...

—¡Bah! La gente de tierra no se mete a husmear las cosillas de este misterioso e infinito mundo líquido...

—No deben ya tardar en llegar.

En efecto, no tardarían, pues ya el chico y el capitán se hallaban camino del puerto.

Durante el mismo, Mickey encontró un perro, que dormitaba al pie de una valla, y que despertó al reconocer a su amiguito.

—¡Hola, Serranito!—le dijo el chico al animal, pasándole la mano por el hocico y por el lomo, mientras el acariciado meneaba la cola, de agradecimiento.

El policía contemplaba sonriente esa agradable escena del despido de dos conocidos, y cuando Mickey se disponía a reunirse con él, vió que una niña, apareciendo por el extremo de la valla, tras la que se ocultaba un terreno en construcción, llamaba al chico por su nombre, corriendo a su alcance.

Mickey miró al capitán, para ver si éste le ponía mala cara por el nuevo "caso" de espera que se le presentaba, y como vió que el rostro del acompañante no expresaba fastidio, muy a gusto celebró una entrevista con esa niña, que respondía por Maggie y era un capullo de rosa prometedor del más delicioso perfume.

—¿A dónde te vas, Mickey?

—Me llevan a Australia, Maggie.

—¿No volverás?

—No sé...

—¡Qué rabia! Ahora que yo creía que íbamos a ser novios de veras...

—Como yo no mando, hacen de mí lo que quieren.

—Cuando regreses... ¿vendrás a verme? Yo le pediré de continuo noticias a la señora Dorothea, tu vecina, que también es muy buena conmigo. No te olvides de poner en tus cartas recuerdos para mí, ¿eh?

—No, Maggie... Aunque lejos, pensaré en ti. Y ahora, debemos decirnos adiós. ¿Ves ese capitán? Pues me está esperando y temo que se impacienta.

—¡Adiós, Mickey! ¡Qué pena tengo de que te vayas!

—Y yo también, Maggie.

—No tanta como la mía...

—¿Por qué lo dices?

—Porque... porque aun no me has besado... ¿No me vas a dar siquiera un beso de despedida?

—Sí, Maggie, sí... Por mí, te besaría mucho... pero ese capitán... A ver, espera; nos ocultaremos tú y yo detrás de mi gorra.

Protegidos por ese "biombo" iban los muchachos a cambiarse un ósculo... o varios, cuan-

do la fatalidad, en la persona de la madre de la enamorada, les quitó a ambos la miel de los labios antes de que la hubiesen saboreado.

—¡Maggie! — gritó la mujer, desde lejos, viendo a su hija con Mickey.

La orden había sido muy imperativa; de manera que no hubo más remedio que obedecerla.

—¡Adiós, Mickey! No podemos besarnos ahora, porque mamá nos vería.

Y la niña se alejó de su "novio" a todo correr.

Mickey, disgustado por la importunidad de la madre de su "amada", se reunió con el capitán, quien, ocultando la risa, le dijo al pequeño, a guisa de consuelo:

—Que tengas mejor suerte en otra ocasión, lo cual no será difícil, porque esa chiquilla te quiere, ¿eh?

—¡Qué se le va a hacer! ¡La rindió mi palmito!

—¡Miren ustedes el orgulloso!

Una hora después, el diminuto pasajero y su amigo ponían pie en el "Sara".

Introducidos inmediatamente en el camarote del patrón, en el que había dos camas encima de sendas cómodas, Mickey dejó su equipaje sobre una de ellas, y basándose en ese

primer gesto del niño, el marino le riñó severamente.

—¿Quién te ha mandado poner eso ahí, con tanto desorden? Aquí no queremos las cosas mal hechas, ¿lo oyes?

Ante ello, el policía, indignado, no pudo por



—¿Quién te ha mandado poner eso ahí, con tanto desorden?

menos de objetar al patrón brutal, procurando endulzar en lo posible su estado de ánimo, para evitar una discusión que sólo redundaría en perjuicio de Mickey, el cual no estaba me-

nos enojado ni se reprimía menos, por la cuenta que directamente le tenía:

—No se puede empezar tan pronto a enseñar la disciplina de a bordo a un pequeñuelo.

—Eso depende del criterio de cada uno. No creo que pueda usted creer que el chico va a estar mal aquí, conmigo, que soy su tío.

—Claro que no... pero como Mickey es tan sensible...

—No pase usted ningún cuidado. Mi sobriño, que no me conoce aún, hará buenas migas conmigo en cuanto vea que soy rígido pero bueno. ¿Verdad que sí, Mickey?

El huérfano no se atrevía a contestar que sí, porque habría faltado a la verdad, y optó por forzar una sonrisa.

El policía no dejó de ver que el niño fingía estar tranquilo, cuando en realidad no lo estaba, y aprovechó un momento para hablarle a solas:

—Ha llegado la hora de separarnos, Mickey. Debes saber, muchacho querido, que vas a alejarte mucho de mí, pero no olvides nunca que yo soy tu amigo y que tu padre y tu madre estarán siempre velándote.

La emoción de la despedida interrumpe al noble capitán; que luego prosigue:

—Sé un hombrecito valiente. Recuerda en todo momento que tu padre era un hombre

de mucha bravura, que por algo mereció el mote de "Peleador". Ahora, niño amado, adiós. ¡Abrazame! ¡Fuerte! ¡Más fuerte!

Mickey no podía apretar más su pecho contra el del policía, y trabajo le costó al niño desasirse de su protector; y a éste se le escaparon las lágrimas.

Aquella tarde, el "Sara" salió del puerto, aprovechando la creciente marea.

Después de veinte días de navegar por el inmenso Pacífico, el "Sara" se abría camino por medio de los calurosos trópicos.

Mickey, a excepción de los primeros días de

Aquel día, al acudir al toque de la comida, Mickey, señalándole su vientre, le dijo al chino, sin engaño:

—¡Caramba! Tengo hambre; comería cualquier cosa... ¡menos judías!

—Conque, hay apetito, ¿eh?



*... y no perdía con ello; antes bien, alguna que otra vez le era permitido comer un poquín de confitura.*

—¡Ya lo creo Tan-Ten-Tin!

—Pues ahora mismo vas a comer. Toma. La mejor ración.

Mickey pensó que iba a darse un banquete...

pero al echar la vista en el menú hubo de agarrarse para no caer. ¡Eran judías!

—Hace veinte días que no como más que judías... ¿qué comeremos mañana?—se aventuró a decir, dispuesto a esperar al día siguiente.

—¡Mañana? — dijo el cocinero—. Pues... ¡más judías!

—¡Buen porvenir!

—¿No te gustan? Yo creo que las hago buenas.

—No faltaría más, con la práctica que tienes en preparar este rico plato.

—¿Verdad que sí?

Mickey disimuló su malhumor a causa del enjudiamiento, y como ya no quería comer más lo mismo, hizo como si se comiera su ración, cuando en realidad la tiró a un lado.

Su renuncia a comer, aquel día, tenía un motivo: había visto como el cocinero disponía en una bandeja la succulenta comida del patrón, y pensó que, llevándosela él mismo, tal vez podría incautarse de las sobras, si su tío no tuviera antes la buena idea de ofrecerle algún bocado.

—Oye, ¿quieres que le lleve la comida al capitán? Sí... ya he terminado... Así te ayudaré.

—Ve con mucha precaución. Esto pesa bastante.

—Soy fuerte, y lo voy a probar.

—Toma, pues.

Caminando a pasos cortos se fué acercando Mickey al camarote de su tío, en donde éste ya se hallaba después de haber encargado a "Singapur" que no dejase de vigilar un momento el tiempo, sobre el puente.

—¿Se puede?—preguntó el chico a su tío, que era como si no lo fuese, asomándose al interior del camarote.

—¡Ah! ¿Eres tú? ¿Por qué no vino Tan-Ten-Tin?

—Porque... he venido yo. ¿Dónde quieres que ponga todo esto?

—Aquí... Trae...

—¡Qué suerte tienes, capitán! Al menos te dan jamón con las judías.

Un brusco movimiento del barco hizo rodar al suelo a Mickey, con la bandeja y la comida dispuesta en ella.

—¡Oh, fué sin querer!

El patrón se levantó de su sillón masticando palabrotas contra el muchacho, y agarrándolo de cualquier modo le pegó con toda su alma negra.

—¡Maldito! ¡Quién te mandaba meterte en lo que no te importa!

—¡Fué sin querer!—repetía el chico.

Pero el patrón, iracundo, descargó de nuevo su mano sobre la criatura, y cuando estuvo cansado de maltratarle, fué para arrojar su equipaje fuera de su camarote, cayendo a sus manos lo primero el retrato del padre del chico, que éste había colocado en la pared, encima de su cama.

—¿Este es tu padre, eh? ¡Bonita cosa puso en el mundo!

E hizo ademán de romper la fotografía.

—¡Atrévete a hacerlo! Es mi padre... ¿lo oyes?

—¿Y a mí qué me importa?

Y el bruto cometió el iniciado sacrilegio.

Loco de amargura, Mickey se arrojó sobre el patrón, para castigar su villana acción, mas sus bracitos no podían nada contra él, y todo su cuerpo frágil fué nuevamente sacudido de arriba abajo.

—¡No sé por qué no te mato!—decía el salvaje.

En aquel instante, "Singapur", alarmadísimo, irrumpió en el camarote del patrón.

—¡El tifón! ¡Viene con más fuerza que nunca!

El inhumano marino, más colérico aún ante esa tremenda noticia, martirizó al chico otra vez, hiriéndole en un brazo apresándolo con

su manaza, y apresuróse a salir a cubierta a dar órdenes a sus hombres para hacer frente al temible huracán.

—¡Reoged las velas!—dijo a los de arriba. Y a los de las máquinas—: ¡A toda marcha! ¡Tenemos tifón!



*El inhumano marino, más colérico aún ante esa tremenda noticia, martirizó al chico otra vez...*

La embarcación era juguete de las olas, que desencadenaban su furia contra sus costados.

La muerte planeaba sobre el barco, en el

que todos los marineros luchaban con denuedo por vencer al elemento.

Mickey se arrodilló junto a los trozos de lo que fué el retrato de su inolvidable padre, los besó llorando y le suplicó que, entuviese donde estuviese acudiera en su ayuda.

La tempestad, cada vez más irresistible en las horribles tinieblas que surgieron, dió al traste con el "Sara" con toda su tripulación, sin haber podido recibir ayuda de ningún barco, a pesar de las desesperadas llamadas del telegrafista y los sobrehumanos esfuerzos de toda la demás gente de a bordo.

Así pues, el barco naufragó, dejando ignorado el destino que el capitán tenía reservado al pequeño Mickey...

Las malas noticias se esparcen al vuelo, y pronto, en San Francisco, supo el capitán de policía amigo de Mickey el naufragio del "Sara" con toda su tripulación.

Y el buen hombre, que quería al chico huérfano como si fuera hijo suyo, derramó muchas lágrimas por su muerte.

Pero...

El tifón pasó tan rápidamente como viniera, dejando a su paso un cielo encendido y restos del naufragio sobre la calma del mar.

Y Mickey, al amanecer, despertó en unas

pavesas flotantes, sin encontrar más compañero que el gato del barco hundido.

Tranquilo a la vista de la proximidad de la orilla de una isla, Mickey elevó sus ojos al cielo y murmuró:

—Gracias, padre mío, por haber intercedido



—Gracias, padre mío, por haber intercedido cerca de Dios a mi favor.

cerca de Dios a mi favor. Gracias por haberme salvado.

El felino saltó a tierra el primero, y apenas hubo puesto el chico sus pies en la playa, abarcó con la vista la abundante vegetación de

aquel desconocido paraje, y recordando contadas aventuras, dijo a su gato:

—Esta es la isla de Robinsón Crusoe. Tú también lo sabrías si no fueses gato. De modo que yo soy Robinsón Crusoe, y tú eres Viernes, mi esclavo. ¿Entendido? Aquí somos los amos. Todo lo que ves... y lo que no se ve, es nuestro. Estamos solitos... tú y yo... no hay nadie más. Pero, hombre, ¿a dónde vas? No hagas el tonto. Bájate de este árbol. ¡Ah! ¡Pues sí que estamos en compañía! ¡Buenos días, señores monos! ¡Ojo, eh! ¡No vale arrojarnos nada! ¡Mirad que si yo subo! Esto ya está mejor. ¡Un coco! Muchas gracias, simpáticos monos. Veo que empezamos a entendernos. ¡Con la sed que yo tenía! Toma, Viernes, no ayunes.

\*  
\* \*

—¿Qué hacer ahora? ¿Preguntar a los monos dónde puedo encontrar lo mejorcito que hay por aquí? ¿Pero qué es eso? ¿No oíste algo así como pasos cautelosos, Viernes? ¿Habrá sido el viento quien ha producido ese rumor en el follaje? No se ve a nadie...

En efecto, no se veía rastro alguno de ser humano; pero no eran pocos los que se hallaban ocultos.

Nombremos a los principales. Estos eran:

Marimba, jefe de una tribu de caníbales que vivía en la isla. Un ogro negro capaz de asustar a una suegra de pronóstico; y

Ugandi, el sacerdote de la tribu. .

La contenida alegría de los caníbales no es para descrita, pues la llegada de un blanco a su isla, constituía un raro acontecimiento, y les permitiría ofrecérselo en la hoguera a sus dios imaginario.

Toda clase de precauciones fueron tomadas para apoderarse del naufrago sin darle tiempo de escapárseles; no fué poco el susto que recibió Mickey al ver llegar a él a numerosos negros armados de enormes puyas.

—¡Mi madre!—clamó—. Y huyendo de la quema, espantadísimo, se arrojó al agua, prefiriendo romperse los brazos nadando hacia adentro del mar, en pos de la aventura, a morir a manos de aquellos salvajes más feos que el “coco” de los niños.

Su intento de fuga fué inútil; los negros también sabían nadar, y Mickey fué pillado antes de lo que él se figuraba.

—¡Dejadme! ¡Socorro! ¡Socorro!—gritaba el chico, pataleando en el vacío, pues un hombre lo sujetaba en alto con sus brazos de hierro.

La muerte soplaba al oído de Mickey que todo había terminado ya para él, pues el jefe de los caníbales iba a encargarse en el acto de mandarle al otro barrio donde no van escasos los pisos y del que no se vuelve.

—¡No, yo no quiero morir!—gritaba el chico—. ¡Ayúdame, Viernes!

El gato, menos miedoso que su amito, tal vez porque pensaba que si le quitaban una vida aun le quedarían seis (¡!), le miraba con

extrañeza y le lamía a un negro el pie, sin que el salvaje se diese cuenta de ello.

Los momentos de vida de Mickey eran contados. Ya no había salvación posible. Entre aquella gente tan insensata no podía haber un solo hombre que le defendiese. Lo mejor era cerrar los ojos, como quien para purgarse toma con repugnancia el aceite de ricino, y esperar la entrada en el Paraíso para charlar un rato con los amigos pecadorcetes antes de acariciarle las barbas a San Pedro para entrar en el Cielo.

Mas he aquí que la Providencia inspiró al sacerdote para liberar a Mickey de la Pálida entre tanta negrura.

Y sucedió lo que sigue:

Ugandi, el muy granuja, hacía tiempo que había prometido un dios de la guerra a su tribu, así que aprovechó la ocasión de la llegada de Mickey a la isla.

—¡Alto, Marimba! ¡No cometas un desatino! ¡Al fin ha llegado nuestro dios de la guerra! Este es, sí; para creerlo, mira: no ha venido en barco ninguno.

—Es verdad—rumoreó toda la tribu.

Y Marimba, convencido de que Mickey era un dios, le rindió adoración, imitándole todos los caníbales.

—¡Caramba, carambobilis! Estos carbone-

ros están locos o quieren tomarme el pelo—dijose el chico—. Por lo que sea, finjamos serenidad. Sigamos la corriente.

Y así empezó el reinado de Mickey.

—¿Cuál es tu nombre, dios blanco?—preguntó Ugandi, delante de Marimba.

—Soy Mickey Hogan, alias “Peleador”.

—¡Hurra! Nuestro dios blanco, Marimba, dice que peleemos.

—Peleas, ahora, no; hagamos una fiesta grande. Regresemos al pueblo y que todos nuestros súbditos inclinen sus lanzas ante este dios, en señal de sumisión de esclavos.

Al poco, en el pueblo de los caníbales, Mickey había subido ya al trono entre la aclamación de toda la tribu.

Desde su sitial, a cuyo pie se hallaban Marimba y Ugandi, como primeros ministros, Mickey, que creía soñar, contemplaba las excentricidades que en su honor hacían los salvajes.

Pero como el chico no había probado bocado desde el día anterior, ese jolgorio le resultaba por demás aburrido; y llegó momento que no pudo tolerar más la fiesta.

Decidido a interrumpirla, no vaciló en decirle a Marimba:

—Tengo hambre, amigo. ¿Cuándo comemos?

Apenas hubo abierto la boca, varios negros

de ambos sexos le ofrecieron bananas, piñas y demás frutos de la isla, todo en abundancia.

Mickey descendió del trono, y muy democráticamente se comió una barbaridad de cosas refrescantes a la par que alimenticias.

—(Aquí yo soy el amo)—se repetía satisfe-



*Al poco, en el pueblo de los caníbales, Mickey había subido ya al trono...*

cho el chico.

Entretanto, en una isla cercana, los habitantes de una colonia de productos naturales tomaban a su servicio a los negros de las islas próximas.

El jefe de esa colonia europea, Adolfo Lambert, era exportador de copra y otros productos del coco.

Gloria, hija de aquél, había llegado a la colonia hacía poco, ansiosa de ver a su padre.

\*  
\*  
\*

Pasaron unos días, durante los cuales Mickey tuvo ocasión de conocer a todos los chiquillos de la tribu, y recrearse ante su fealdad y la finura de sus "líneas".

—Oye, tú, rico: ¿es tuyo ese vientre, o te lo llena tu madre de arena?—díjole una vez a un negrito que "ostentaba" una panza volu-

minosa, y el cual, por respeto a la divinidad del bromista, no contestó.

En cambio, una negrita, graciosa como un minino juguetero, había prescindido de que Mickey era un dios, y como Eva a Adán, buscaba darle la manzana de la tentación.



*... muy democráticamente se comió una barbaridad de cosas refrescantes...*

—¡Ay, qué rico eres, dios guerrero!— exclamó cierto día, adorándole con los brazos en jarras y sonriéndole, al pie del trono, mientras él se hartaba de plátanos.

Tímido de natural, Mickey rechazó las ga-

lanterñas de Ki-Ki, que así se llamaba su admiradora, pues para él no había en el orbe entero una chiquilla más preciosa que su “novia” Maggie, que debía llorarle allá, en San Francisco. ¡Ah, si él pudiera escribirle!

Un buen día, es decir, un mal día, Marim-



*—Oye, tú, rico: ¿es tuyo ese vientre, o te lo llena tu madre de arena?*

ba, atendiendo deseos de algunos de sus súbditos que trabajaban en la colonia de los europeos, mandó una delegación de sus guerreros a parlamentar con el colonizador.



—¿Adónde te vas, Mickey?  
—Me llevan a Australia, Maggie.

Estos hablaron en primer lugar con Bimbi, el esclavo de confianza de Lambert.

—Marimba dice avises al jefe de las plantaciones que en adelante no vuelva a pegar a nuestra gente.

El esclavo comunicó a su vez, a Lambert, el



—*¡Ay, qué rico eres, dios guerrero!*

deseo del jefe de su tribu.

—Marimba te manda avisar que no puede permitir que trates a latigazos a los negros que trabajan en tus haciendas.

A lo que, sin contemplaciones de ninguna

especie, con un revólver en una mano y el látigo en otra, respondió el europeo:

—¡Volveos a vuestra isla, malditos, y decidle a vuestro jefe que se cuide de sus propios asuntos!; ¿os habéis enterado?

Los emisarios de Marimba retrocedieron atemorizados, y a pesar de todo, alguno recibió algún golpe de fusta, por cuyo motivo su indignación no tenía límite.

Gloria, compadeciéndose de los pobres negros, cuya mala sangre ella no conocía aún, dijo, a solas con él, a su padre:

—¿Por qué pegarles de ese modo? ¿No crees que te van a odiar y que algún día es posible que pretendan hacerte daño?

—Gloria, hija mía, no juzgues a tu padre por lo que le veas hacer aquí. Estos salvajes no entienden más que con el látigo o con la escopeta.

.....

Más que los otros, aquel día, Mickey pensaba en Maggie y en sus protectores: la amante vecina y el noble capitán de policía.



*Más que los otros, aquel día, Mickey pensaba en Maggie y en sus protectores...*

—¡Ay, ya no los volveré a ver!—lamentábase, en el trono, sin hacer caso del baile que le ofrecían las negras con movimiento general ri-

dículo, pornográfico, antiestético y todo lo que se quiera más.

El sacerdote le devolvió a la realidad con su presencia.

—¿En qué piensas, dios?

—¡Ah! ¿Eres tú, amigo Ugandi? Pues... estaba pensando en lo feliz que sois en este distrito.

—¿Y tú no?

—Yo también... ¿A qué negarlo? ¿Verdad que estáis contentos de mí? Como dios creo que hago un buen papel, ¿no?

—Todo me lo debes a mí...

—¿Qué es lo que te debo yo, Ugandi?

—El pellejo.

—¿Eh?

—Yo les digo a esos que tú eres muy grande, y me creen.

—¡Ah!

—Si yo les dijera que tú no eres grande...

—Hombre, grande, grande... Me parece que todos estáis equivocados.

—Yo sé lo que digo... Mira de ese lado.

—¿Dónde? ¡Ah! ¿Allí? ¿Qué es eso?

—Recuerdos de algunos visitantes.

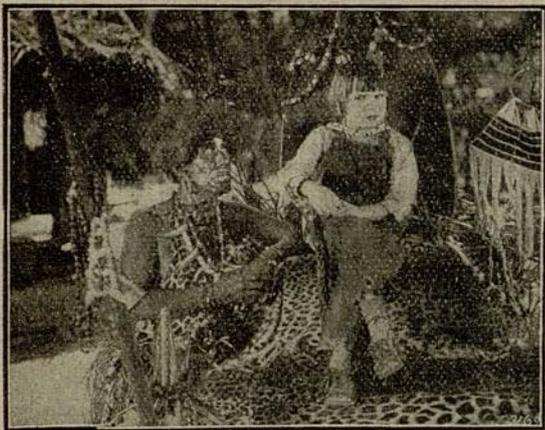
—¿Sus esqueletos? ¡Cáscaras! ¿Os dedicáis a la conservación de cráneos y huesos varios humanos? ¡Qué horror!

—Hombres blancos... una vez... Se aventura-

ron hasta aquí, y los quemamos. Je, je, je. ¿No te ríes?

—¿Yo?... Sí... Je... je... ¿Qué bromistas somos aquí, eh? Je... je... Tú eres mi amigo preferido, Ugandi.

—Sí, muy amigos; pero no digas nunca que



—*Hombres blancos... una vez... Se aventuraron hasta aquí, y los quemamos. Je, je, je. ¿No te ríes?*

no eres un dios. Me comprometerías... y tu cabeza se reduciría a lo que aquellas que acabas de ver.

—No, amigo mío, cariñoso compañero; ¡a mí no!

—Papá, yo no puedo ver esas cosas. Acabas de herir despiadadamente a un negro; y sus hermanos pueden tomar venganza de ti.

—No temas. Es horrible tener que mandar a esa gente. Figúrate que los hombres que me envía Marimba tienen orden de éste de maltratar a mis negros sumisos para levantarlos contra mí. Pero ya le enseñaré yo a Marimba quién es el que manda aquí.

Cerraba la noche.

En el pueblo de la tribu de Marimba se organizaba fiesta tras fiesta en honor del dios caído por arte de encantamiento en la isla.

En medio del bailoteo general, en el que también Mickey tomó parte, para enseñar a los salvajes cómo se bailaba en San Francisco, llegaron al campamento varios negros adictos a Marimba, conduciendo al compañero herido a latigazos en la espalda por Lambert.

El jefe y Ugandi lanzaron gritos de rabia ante semejante atropello, y Mickey, horrorizado por la visión de la sangre que manaba de las heridas del negro tendido en tierra, clamó:

—¡Yo lucharía con el hombre que ha hecho eso!

Al oír al dios de la guerra, Marimba arengó a sus hombres:

—Cuando dios blanco repite “pelea”, viene guerra grande.

Y la tribu fué llamada a las armas para ir a vengar el agravio inferido a uno de los suyos.

—Ve a decirle a Bimbi que hay guerra grande... que traiga aquí a todos sus hombres blancos.

Ajenos a lo que se tramaba contra los europeos, Lambert y su hija platicaban en su cabaña.

—Papá, hoy es tu cumpleaños. Tengo una sorpresa para ti.

—¿Qué es ello, Gloria?

—¿Qué te parece?—contestó ésta poniendo sobre la mesa un *pudding*.

—¡Magnífico, hija mía!

—Comeremos un poco ahora, ¿verdad?

—Desde luego.

Mas en este momento apareció Bimbi ante Lambert, avisándole lo siguiente:

—Mi amo... chicos negros roban licor y corren todos.

—¿Dónde están?

—En el almacén.

—¡Vamos, y caiga el que caiga!

—Vigila, papá.

—No te preocupes, niña. Ya verán esos cómo se obliga a obedecer.

—Sí, mi amo, sí... Pegue duro a esos granujas... Yo le imitaré a usted... porque son ladrones.

—Tú eres un buen chico, Bimbi, y te recomendaré.

—Yo no quiero recompensa. Me basta su confianza.

Así se expresaba Bimbi, y Lambert le creía, sin sospechar lo más mínimo que ese esclavo lo conducía a la muerte, pues apenas alejado con él de la cabaña hacia el almacén, varios negros se abalanzaron sobre él y se lo llevaron hacia donde acampaba la tribu de Marimba.

Lambert opuso mucha resistencia, pero fué reducido por el número de enemigos, al igual que sus dos empleados europeos.

Mickey, para seguir mejor la corriente, se



*Mickey, para seguir mejor la corriente, se había armado como los otros...*

había armado como los otros, con un escudo, un "poquitín" más alto que él, y con una lanza, "insignificante" como un palillo; si no, véase el grabado.

Marimba estaba cerca de él, y le dijo:

—Pequeño, tú dices: "pelear", y viene una guerra grande. Castigaremos a los hombres blancos, aunque ello cueste la vida de algunos de los nuestros.

—¿Qué saldréis ganando con el cambio?

—Mucho, pequeño, porque ya no serán maltratados los negros por hombres blancos nunca más.

—¿Hombres blancos? ¿Aquí hay hombres blancos?

—Sí, los hombres de la colonia son blancos. Tú nos dices que peleamos con ellos, ¡hum!, y nosotros nos los comeremos.

—(¡Qué bruto! Yo voy a ver si logro escapar cuanto antes.)

En su casita, Gloria esperaba el regreso de su padre, y como éste tardaba excesivamente, fué en su busca al almacén. No vió a nadie, pero el hallazgo del látigo que él se llevara para castigar a los culpables, reveló a la joven la verdad.

—¡Oh, padre! ¿Qué te han hecho? ¿Dónde estás?

Llena de angustia y temor, Gloria volvió a la cabaña, y encerróse en ella. Lloraba. ¿Qué había de hacer?

Los blancos llegaron al poco en el campamento de la tribu de Marimba. Este, conoce-

dor de la existencia de Gloria en la colonia, prometía ir en su busca después de la fiesta que había ordenado se celebrase para poner en capilla a los tres presos, que fueron atados a unos postes.

Mickey, decidido a ayudar a sus congéneres, se deslizó hasta Lambert, y, sin ser visto ni oído por nadie más que por él, le susurró:

—Oye, señor, estos antropófagos se os van a comer.

—¿Cómo has podido permanecer vivo aquí? Si quieres protegernos, te pediré una cosa: no te preocupes de nosotros... avisa a mi hija... está a dos millas más allá de la laguna... ¡corre!

—¿Queréis antes que corte vuestras ligaduras por si podéis huir?

—¡Si te ven, estamos todos perdidos!

Con mucha cautela pudo Mickey segar las cuerdas de los presos, y luego, como se verá a continuación, salvarles la vida... por lo menos durante unas horas.

He aquí lo que pasó:

Ugandi, el sacerdote, hambriento de carne blanca, tenía la pretensión de oficiarse de matarife, y un cuchillo que una mano agitaba con gran alegría iba a dar cuenta de los "pillos" preparados para el horno.

—Oye, Ugandi, yo creo que, para el mejor

éxito de nuestra farsa, ¿sabes?, sería conveniente que me dejases martirizar un poco a estos hombres, en presencia de la tribu. Como ahora todos están ocupados en la preparación de la fiesta, propongo que el sacrificio se efectúe mañana, por mis manos, al salir el sol. Sería un buen almuerzo.

—Por una parte, tienes razón; por otra, la verdad, hace tanto tiempo que mis dientes no se han hundido en buenas chuletas...

—Hazlo por mí, Ugandi, Ugandito... Mañana te comes una pierna entera de este blanco, que pesa buenas libras, y luego te tumbas al sol. ¿Qué, me complaces?

—Bueno... Ya tienes suerte de que te aprecio... si no...

—¿Qué harías?

—Si yo quisiera, tú también irías al fuego mañana.

—¡Vaya un cariño que me tienes! ¡Después que te llamo Ugandito!

En la colonia, hacia la que se dirigía Mickey a toda prisa, ocurría una insospechada escena.

Bimbi, el esclavo traidor, volvía, borracho perdido, a la cabaña, con intento de hacer daño a Gloria.

Esta, apostada detrás de la puerta, le vio llegar, y aseguróse en el interior.

El negro, en cuyos ojos se leía la lujuria a que obedecía en aquellos momentos, amenazó derribar la puerta, y a su vez Gloria le instó a retirarse encañonándole un revólver.

Bimbi, cada vez más furioso, intentaba derribar la puerta, y ante el temor de que el salvaje se saliera con la suya, Gloria le mató de un certero tiro.

Poco después, Mickey llamaba a la precitada puerta de la cabaña.

Gloria volvió a apoderarse del revólver, para repetir lo hecho con Bimbi, mas el chico se apresuró a decir quién era él.

—Soy Mickey Hogan... Su papá me envió a usted.

Con toda clase de precauciones hizo Gloria entrar en la cabaña a Mickey, y con la angustia que se supone preguntó por el colonizador.

Todo se lo contó Mickey a la desesperada joven, pero hacia el final, cuando más explicaciones necesitaba ella, interrumpióse el chico seducido por el magnífico *pudding* que se conservaba intacto encima de la mesa.

—Con permiso—dijo Mickey.—Esto es muy apetitoso.

Y cortándose un buen triángulo, le hincó en el acto la totalidad de sus dientes.

—¡Caramba! ¡Qué buen cocinero eres!

—¡Por Dios, niño, sigue... sigue, dime qué le pasará a mi padre!

—¡Ah! ¡Es verdad! Es necesario estudiar lo que nosotros podemos hacer. ¿No tenéis un



*Y cortándose un buen triángulo, le hincó en el acto la totalidad de sus dientes.*

aparato telegráfico?

—Sí, hay uno...: míralo..., pero yo no sé hacerlo funcionar.

—Si puedes deletrear, yo mandaré el aviso del peligro que corremos.

Y Gloria y Mickey lanzaron al espacio este mensaje:

*“Isla Wanda. Hay canibales. Vengan en seguida. Cinco blancos peligro.”*

—Ahora no nos toca más que esperar que nos llegue el socorro que necesitamos—dijo Mickey.—Cierra bien las puertas, por si llega algún bruto de esos durante la noche. Podemos dormir.

—Yo no podré. ¡Qué angustia más atroz!

—Es preferible no desesperarse... Yo tengo confianza en Dios...

—Yo también, hijito, y a El le imploro que nos saque de este trance.

—Yo... con tu permiso... comeré otro pedazo de este riquísimo dulce. Me recuerda la vida sosegada, ¿sabes?

..

El amanecer del siguiente día no trajo consigo la menor esperanza de fuga para los pobres cautivos; en cambio, los salvajes veían acercarse con satisfacción la hora de su festín.

Momentos antes de arrojar al fuego a los tres blancos, la tribu rezó la oración de la muerte.

El silencio era absoluto. Todos los negros besaban fervorosamente el suelo.

Lambert, aprovechando el momento fanático de los caníbales, cambió unas miradas con sus compañeros, y a un mismo tiempo, con el mayor sigilo, huyeron a través de la selva.

Al advertir la fuga de los cautivos, Marimba prorrumpió en improperios contra todos, y en el acto se organizó una batida por los alrededores del campamento, mientras él, con un puñado de hombres, se encargaba per-

sonalmente, sediento de venganza, de ir a buscar a Gloria en la cabaña de la colonia.

Mickey se despertaba hacia aquella hora, y su despertar fué agitado, tan agitado, que fué a parar de la cama (una silla) al suelo.

Gloria, que no había dormido en toda la noche, pegada detrás de la puerta, como velando al niño, preguntóle:

—¿Qué tienes, Mickey?

Este, en posición de boxear, exclamó:

—¡He soñado con los caníbales!

—¿Que venían aquí?

—Sí, sí... por eso yo me puse en guardia.

En otra ocasión Gloria se habría echado a reír, mas no en aquella, tan crítica para todos.

En tanto, en el mar, un barco de guerra, en el que se recibió el mensaje de Mickey, acudía a toda marcha en auxilio de los que lo necesitaban.

Mickey, pasado el susto del sueño con los caníbales, volvió a "atacar" al pastel, y al paso que iba pronto no habría de quedar ni el rastro.

En tan tranquila operación fué interrumpido por el aviso de Gloria de la aparición frente a la cabaña de numerosos caníbales.

—¿Ellos aquí? ¿Se habrá escapado tu padre y creen que está aquí?

—No abriremos, Mickey. Me mataría, antes que caer en poder de esos hombres.

—¡Muchacha blanca... ven fuera!—gritó una voz, que Mickey reconoció.

—Es Marimba, el jefe de la tribu. Viene por ti.

—¿Y qué quiere de mí?

—¡Ah! Eso sí que no lo sé. En todo caso, no salgas ni por asomo.

—¡No, no, no saldré!

—Hay que obrar. Tengo una idea.

—No te muevas de aquí, Mickey. Si hemos de morir, que no sea a manos de esos salvajes.

—Escucha: creen que soy un dios blanco... Yo saldré... tú cierras la puerta, y yo, con esta pistolita cargada... Al primero que se acerque lo mato... aunque sea Marimba, si no me quiere creer.

—Eso es arriesgado para ti.

—Te digo que ese hombre cree que yo soy un dios. Habrá, pues, de creerme; y si no, esto le hará creer.

—La paz sea contigo.

—Abre... y cierra pronto. Yo salgo... y ya verás cómo lo arreglo todo.

Gloria obedeció al chico, que se entregó a la temeraria empresa con toda confianza en el éxito.

Marimba, al verle, quedó desconcertado, mas pronto, deseoso de apoderarse de Gloria, "no respetó ni a su dios", y quiso pasar adelante.

Entonces Mickey le apuntó el revólver de marras:

—¡Manos arriba! ¡No quiero que nadie to-



—*Abre... y cierra pronto. Yo salgo... y ya verás cómo lo arreglo todo.*

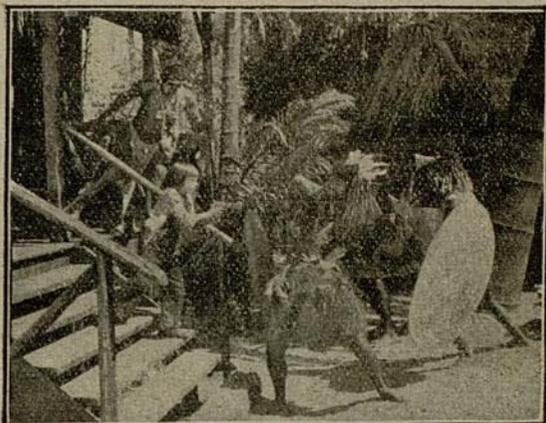
que a esa mujer!

Marimba se detuvo instantáneamente, considerándose hombre muerto si daba un solo paso más, pero la traición acechaba, y Mickey tuvo que tender a sus pies a un negro, co-

mo demostración de que la pistola estaba cargada con "bombones" de buen calibre.

En vista de la actitud tomada por Mickey, Ugandi, achacándole la culpa de la fuga de los cautivos, confesó públicamente la farsa:

—No es ningún dios... es un chico blanco...



—*¡Manos arriba! ¡No quiero que nadie toque a esa mujer!*

que naufragó.

Mickey se vió perdido. Sin saber cómo, fué desarmado, y Marimba lo levantó en vilo y lo condujo al campamento para comérselo en seguida.

—¡Ay, pobre de mí!—gemía el muchacho.

Sin embargo, el auxilio ya estaba a la vista.

Los momentos eran contados. Dentro de un minuto el cuchillo de Marimba cortaría en redondo—¡Virgen Santa, qué bromas!—el cuello de Mickey.

De pronto, ¡pum!, se oyó un monumental estruendo y en la isla, sobre algunos negros, cayeron varios árboles.

Un pavor indescriptible se apoderó de la tribu, que huyó selva adentro, dejando en paz al chico.

Esa detonación partía del buque de guerra, que llevaba macizos cañones.

Un solo cañonazo bastó para reducir a los salvajes, que creyeron asistir al fin del mundo.

..

—¡Hurra! ¡Hurra! — gritó Mickey al ver desembarcar en la isla a un oficial de la flota americana con una docena de hombres bien armados.

Puestos en salvo todos los blancos, Mickey no cabía de gozo desde que supo que iba a volver al verdadero mundo.

—¿Has dicho que eres de San Francisco? —preguntó el chico al oficial.

—Sí, ¿por qué?

—...¿Y... ese vapor se dirige hacia allí?

—Sí.

—Mi nombre es Mickey Hogan... ¡de San Francisco!

—Yo soy el teniente Heinz.

—¿Y no tendré que comer judías en ese vapor?

—De vez en cuando solamente.

—¡Entonces me voy contigo!

La despedida de Mickey de Lambert, Gloria, y de los dos restantes blancos, que se quedaban en la isla, segurísimos de que ya nada les habría de suceder con los negros después de la lección recibida gracias al bombardeo, fué muy afectuosa, y aquéllos hicieron cons-



—Adiós, colonizador... Buena suerte.

tar ante el oficial que le debían la vida a Mickey, digno de usar el mote de "Peleador".

—Adiós, colonizador... Buena suerte. Esta vez pude sacarte de la parrilla. Procura que no haya de volver a salvarte otra vez.

—Adiós, héroe.

Mickey, satisfecho de sí mismo, se acercó más a la orilla, para embarcar en el bote, pero como calculó mal los pasos, ¡catapum!, se cayó al agua, reduciéndose el traspíe a un simple baño.

Al poco rato, el *destroyer* n.º 318 ponía rum-



*Mickey y el oficial, convertidos en buenos amigos, no se separaban nunca.*

bo hacia San Francisco.

Mickey y el oficial, convertidos en buenos amigos, no se separaban nunca.

Un día, el chico le dijo al oficial:

—Desearía que el capitán de policía Me

Davitt se enterase de que estoy aquí, y a punto de llegar a San Francisco.

—Ya lo sabe.

—¿Ya lo sabe? ¿Quién se lo ha dicho?

—Telegrafiamos las noticias hace ya una semana.

—¡Vosotros pensáis en todo!

Poco antes de llegar a destino, un hidroavión, planeando sobre el buque de guerra, dejó caer un paquete, a nombre de Mickey, de parte del policía amigo.

¿No saben ustedes lo que había dentro de tal paquete?

Pues nada menos que un uniforme de policía, con galones y todo. Sólo faltaba la chapa, y ésta ya la tenía Mickey, de su llorado padre.

La llegada a San Francisco del digno hijo del que siempre fué ejemplar policía, constituyó un espectáculo admirable.

Todo el cuerpo de policía estaba formado en el muelle para recibir a Mickey.

Numeroso público, enterado por la prensa de la proeza del niño en la isla, saludó con una gran ovación la aparición del "héroe".

En honor de la verdad, convengamos en que Mickey sabía llevar el uniforme. ¡Muchas criadas, gustosas le señalarían una renta semanal en tabaco y demás excesos!

Indescriptible es la alegría que tuvo el capitán protector de Mickey cuando se enteró de que éste se había salvado del naufragio del "Sara", y desde su regreso lo adoptaría



*... convengamos en que Mickey sabía llevar el uniforme.*

como hijo, y haría de él lo mismo que fué su padre.

La vecina amiga también estuvo muy contenta; y una niña hasta lloraba de alegría.

¿Quién era ella?

¿Quién iba a ser sino Maggie, siempre fiel a su "único amor"?

Mickey se apeó del coche en que iba, con el capitán y el comandante de la policía, para saludarla entre la muchedumbre que asistía a su llegada, y entre sonrisas le murmuró, volviendo luego al lado de "sus" jefes:

—Ya nos veremos más tarde.

¿Para qué sería?

¿No caen ustedes?

Pues... para darle el beso que se le "escapó" aquel día...

FIN

Prohibida la reproducción

Este número ha sido sometido a la censura militar.

## LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

### Números publicados

1. No hay juegos con el amor, 6 edic. 2. El Valle Florido, 3 edic. 3. Amor de madre, 3 edic. 4. La Virgen de las Rosas, 3 edic. 5. La culpa ajena, 3 edic. 6. De hombre a hombre, 3 edic. 7. Una mujer, 3 edic. 8. Pesadillas y supersticiones, (extra), 3 edic. 9. Desinterés, 3 edic. 10. El Hábito, 3 edic. 11. Jimmy Sansom, 3 edic. 12. La primera novia, 3 edic. 13. El pequeño Lord Fauntleroy (primera jornada) 3 edic. 14. El pequeño Lord Fauntleroy (segunda jornada), 3 edic. 15. La Tormenta, 3 edic. 16. Flor de amor, 3 edic. 17. La Pantera Negra, 3 edic. 18. Bajo dos banderas, 3 edic. 19. Corazón de lobo, 3 edic. 20. Sueños juveniles, 3 edic. 21. El mundo y la mujer, 3 edic. 22. Corazones humanos 3 edic. 23. El premio gordo, 3 edic. 24. La desconocida, 3 edic. 25. Robín de los bosques (extra), 3 edic. 26. La Verdad Desnuda, 3 edic. 27. El octavo no mentir, 3 edic. 28. Cleo la francesita, 3 edic. 29. La hija del pasado, 3 edic. 30. La chica del taxi, 3 edic. 31. La hija de los traperos, 3 edic. 32. El príncipe escultor, 3 edic. 33. Llovido del cielo, 3 edic. 34. Mujeres frívolas, 3 edic. 35. Al calor del hogar, 3 edic. 36. Sapho, 3 edic. 37. Directo de París, 3 edic. 38. Lo que vale una mujer, 3 edic. 39. El Valle de los Gigantes, 3 edic. 40. La sombra del padre, 3 edic. 41. Madame Morland (extra), 3 edic. 42. Un juego peligroso 43. De mal agüero. 44. Veintitrés horas y media de permiso, 3 edic. 45. El delincuente. 46. La hija del Arrabal 47. El rancho del oro, 3 edic. 48. El falsario. 49. De los confines del silencioso Norte 50. Entre hielos. 51. La Rosa de Nueva York (extra), 2 edic. 52. El precio de la belleza. 53. Contra viento y marea, 2 edic. 54. No me olvides, 2 edic. 55. En los jardines de Murcia (María del Carmen). 56. Sacrificio de amor. 57. Eugenia Grandet, 2 edic. 58. La Bohème (extra) 3 edic. 59. ¡Pobre Violeta! 60. Realidades de la vida. 61. ¡Estaba escrito! 62. Las dos huérfanas, 4 edic. 63. El pescador de perlas. 64. La sin ventura (extra) 3 edic. NÚMERO ALMANAQUE. 65. La pequeña parroquia. 66. Frou-Frou. 67. La

Famosa señora de Paír. 68. La apuesta sensacional. 69. El Secreto del Polichinela (extra). 70. La Quinta Avenida. 71. El duodécimo mandamiento. 72. Maruxa. 73. La hija del Nuevo Rico. 74. ¿Por qué cambiar de esposa? (extra). 75. Relámpago. 76. La Dolores. 77. Como la arena. 78. La cuna vacía. 79. El encanto de Nueva York. 80. Borrascoso amanecer (extra). 81. Rosario la Cortijera. 82. La pelícala sin título. 83. Una mujer como otra cualquiera. 84. Todos los hermanos fueron valientes. 85. La batalla (extra). 86. Espejos del Alma. 87. Gloria fatal. 88. Lo que las esposas quieren. ESPECIAL DEDICADO A POLO. 89. Una novia para dos. ESPECIAL DEDICADO A MARY PICKFORD Y DOUGLAS FAIRBANKS. 90. El muchacho de París. 91. Las senencias del Destino, (extra). 92. Redención. 93. Alma de Dios. 94. La señorita del pelo corto. 95. Las hijas de los hombres ricos. 96. El novelista y su esposa (extra). 97. La puerta cerrada. 98. Una pobre maniquí. 99. A todo trance. 100. ¿Por qué tanta prisa? 101. La Casa en la Selva (extra). 102. La princesa Demidoff Tierra Baja (ESPECIAL DEDICADO A ANGEL GUIMERA). 103. En busca de la felicidad. 104. El buen camino. 105. Amor de árabe. 106. El puñao de rosas. 107. El Milagro (extra). 108. Risas y lágrimas. 109. El Nido de Amor. 110. La venganza de una hermosa. 111. Juez de sí mismo. 112. El caballero sin tacha (extra). 113. I Pagliacci. 114. La isla maldita. 115. Domador por amor. 116. Fruta prohibida. 117. Veredicto de inculpabilidad. (extra.) 118. Calvario de amor El Ladrón de Baudad (ESPECIAL). 119. El arte de ser distinguida y encantadora. 120. La dama de las Camelias. 121. El Murciélago. 122. El sargento O'Malley. 123. Respuesta a la mujer, (extra.) 124. La muñequita de Francia. 125. El amigo de su marido. 126. Lo que toda mujer sabe. 127. El capricho de una dama. 128. Canción de amor (extra). 129. La mariposa que se quemó las alas. 130. Pecado de juventud. 131. Scaramouche. 132. Siempre audaz. 133. El hijo de Flandes. 134. Sombras que pasan. (extra). 135. Una flor del camino. 136. La Carta. 137. La Caravana del Oregón. 138. La danzarina del Nilo. 139. La mujer más bonita del mundo (extra.) 140. Labios rojos. 141. La perfecta esposa. 142. Lo que cuesta la hermosura. 143. Dos novelas de amor. 144. Esclavo del Deseo (extra.) 145. El lirio dorado. 146. La reina de las muñecas. 147. Cordelia, la Magnífica. 148. ¡Cuidado, solteros! 149. El pequeño Robinson, (extra.)

## Postal-fotografía:

1, Douglas Fairbanks. 2, Mary Pickford. 3, Charles Chaplin. 4, Perla Blanca. 5, Antonio Moreno. 6, Priscilla Dean. 7, Eddie Polo. 8, Mary-Douglas. 9, Francesca Bertini. 10, Harold Lloyd. 11, Constance Talmadge. 12, Frank Mayo. 13, Marie Prevost. 14, Ben Turpin. 15, Pina Menichelli. 16, Livio Pavanelli. 17, Norma Talmadge. 18, Tom Mix. 19, Gladys Walton. 20, Aimé Simon Girard. 21, June Caprice. 22, Sessue Hayakawa. 23, Alice Brady. 24, Georges Biscot. 25, Hesperia. 26, Harry Carey. 27, Mary Miles Minter. 28, Charles Ray. 29, Ruth Roland. 30, William Duncan. 31, Pola Negri. 32, Wallace Reid. 33, Elena Makowska. 34, Jorge Walsh. 35, Viola Dana. 36, Camilo de Riso. 37, Alice Terry. 38, Hoot Gibson. 39, Clara Kimball Young. 40, Lee Moran. 41, Maria Jacobini. 42, William S. Hart. 43, Tsuru Aoki. 44, Herbert Rawlinson. 45, Betty Compson. 46, Jackie Coogan. 47, Dorothy Dalton. 48, Larry Semon. 49, Mabel Normand. 50, Gustavo Serena. 51, Marie Dupont. 52, Alberto Capozzi. 53, Leatrice Joy. 54, Charles Hutchison. 55, Gloria Swanson. 56, Rodolfo Valentino. 57, May Mac Avoy. 58, Mario Bonnard. 59, Eva May. 60, Milton Sills. 61, Margarit Livingston. 62, Ermete Zacconi. 63, Mae Murray. 64, "Snub" Pollard. 65, Bebé Daniels. 66, William Farnum. 67, Catalina Williams. 68, Alberto Collo. 69, Lillian Gish. 70, Max Linder. 71, Hope Hampton. 72, Thomas Meighan. 73, Mary Philbin. 74, Ramón Navarro. 75, Alla Nazimova. 76, Tullio Carminati. 77, Virginia Valli. 78, Eric Von Stroheim. 79, Ruth Miller. 80, Will Rogers. 81, Jacqueline Logan. 82, Tom Moore. 83, Bessie Love. 84, Wesley Barry. 85, Mme. Robinne. 86, Lon Chaney. 87, Corinne Griffith. 88, Douglas Fairbanks (hijo) Polo (Especial). 89, Anita Stewart. Mary Pickford y Douglas Fairbanks (Especial). 90, Jack Pickford. 91, Italia Almirante Manzini. 92, Douglas Mac-Lean. 93, Mlle. Madys. 94, Johnny Jones. 95, Marguerite de la Motte. 96, Morman Kerry. 97, Elinor Fair. 98, William Russell. 99, Patsy Ruth Miller. 100, Emilio Chione. 101, Marie Osborne. 102, Lewis Stone. ANGEL GUIMERA (especial). 103, Mildred Harrys. 104, Charles de Roche. 105, Enid Bennet. 106, Buddy Messinger. 107, Lois Wilson. 108, Elliot Dexter. 109, Geraldine Farrar. 110, Gareth Hughes. 111, Katherine MacDonald. 112, Earle Williams. 113, Ginette Maddie. 114, John Barrymore. 115, Louise Lorraine. 116, Febo Mari. 117, Mae

Marsh. 118. Alec B. Francis. Douglas Fairbanks (Special) 119.  
Fritzi Ridgeway. 120. George Hackathorne. 121. Alma Bennett,  
122. House Peters. 123. Bárbara Bedford. 124. Forrest Stanley.  
125. Vera Vergani 126. Monte Blue. 127. Billie Burke. 128. Jack  
Holt 129. Dorothy Phillips 130. Malcolm Mac-Gregor 131. Ossi  
Oswalda 132. Mahlon Hamilton. 133. Lucy Doraíne. 134. Léon  
Mothot 135. Arlette Marchal. 136. J. W. Kerrigan. 137. Billie  
Dove 138. Lionel Barrymore. 139. Lee Parry. 140. Theodore  
Roberts. 141. Anna O Nilsson 142. Henri Krauss 143. Lya Mara.  
144. Richard Dix 145. Vivian Martin 146. Jean Angelo 147. Ge-  
neviève Félix 148. Conrad Veidt 149. Mary Carr.

NO DEJE VD. DE COMPRAR EL  
SÉPTIMO LIBRO DE LA

COLECCIÓN DE OBRAS MAESTRAS DE  
LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRÁFICA

## EL PRÍNCIPE ENCANTADOR

Preciosa novela de amor y aventuras,  
creación de los célebres artistas JAQUE  
CATELAIN, NATHALIE KOWANKO  
y NICOLÁS KOLINE.

Portada a tricromía — 112 páginas de texto

Profusión de ilustraciones fotográficas

Precio popular: UNA PESETA